

Los solemnes

En la basilica primada

Cerca a las diez de la mañana se iniciaron las honras fúnebres en la catedral, durante las cuales ofició el ilustrísimo señor arzobispo Perdomo. A las honras fúnebres asistió gran cantidad de personas atraídas por el elogio fúnebre que del doctor Concha había de hacer el presbítero doctor José Alejandro Bermúdez. Efectivamente, algunos minutos después el doctor Bermúdez pronunció la oración que publicamos en otro lugar de esta misma edición. Concurrieron además a las exequias del doctor Concha el ejército en traje de parada, la familia del extinto, altos empleados de los ministerios y del poder judicial, muchas damas de nuestra alta sociedad y numeroso público.

El desfile al cementerio

Terminadas las honras fúnebres en la catedral primada, se inició el desfile por la carrera séptima en dirección al cementerio. Desfilaron en primer término más de cien coches, cada uno de los cuales llevaba dos o tres coronas de las que fueron obsequiadas por las el gobierno nacional, las asambleas y gubernaciones departamentales, el cuerpo diplomático, algunas entidades que funcionan en la capital la prensa de la ciudad, el doctor Olaya Herrera y muchos otros particulares cuyos nombres dimos en nuestra edición anterior.

En el orden del desfile siguió la policía nacional en traje de gala; a continuación un escuadrón del ejército; luego la escuela militar que, lujosamente uniformada, hacía guardia de honor al féretro. Detrás de la urna que encerraba los restos mortales del doctor Concha desfilaron el doctor Miguel Abadía Méndez, presidente de la república; los ministros del despacho, todo el personal diplomático acreditado en Bogotá y vestido cada uno de sus miembros con el uniforme correspondiente a su país. En esa forma continuó la marcha del cortejo fúnebre, seguido de una gran multitud y a los redobles de tambor de la banda de policía nacional. De trayecto en trayecto la banda tocaba el himno nacional, cuyos acordes imprimían al acto un grave carácter de solemnidad y de amargura.

En el cementerio

La multitud ocupó varias cuerdas a todo lo largo de la avenida de la República, donde resató más la belleza y solemnidad del desfile. Así la multitud fue a situarse frente a la puerta principal del cementerio, que dá frente también al kiosco construido especialmente para los oradores fúnebres.

En la plazoleta del cementerio esperaba el ejército nacional, distribuído

Los discursos

Cuando la urna que conducía los restos del doctor Concha, se situó frente al kiosco, las bandas del ejército y la policía entonaron el himno nacional una vez más; terminado el cual ocupó la tribuna el doctor Carlos Uribe ministro de relaciones exteriores, quien a nombre del gobierno nacional pronunció el discurso que publicamos en otro lugar.

Después habló en nombre del directorio nacional conservador el doctor Emilio Ferrero, y por último el señor Luis Cano, a nombre del directorio liberal nacional. Las oraciones de uno y otro las insertamos hoy en la página respectiva.

Tanto el señor presidente de la república, como el nuncio apostólico, los ministros del despacho y el público en general se situaron frente al kiosco desde el cual hablaron los tres oradores designados por la junta especial de recepción.

La inhumación

Terminadas las ceremonias en la plazuela del cementerio, el cadáver fue llevado al lugar donde había de ser sepultado. El presidente de la república, monseñor Paolo Giobbe, algunos ministros del despacho, los miembros del cuerpo diplomático y la mayor parte de las personas que habían acompañado el féretro, se regresaron de la plazuela sin entrar al cementerio. Durante la inhumación pudimos ver a los ministros de industrias y de correos, a varias personalidades de la política, a varios periodistas capitalinos y muchas otras personas que deseaban asistir a la inhumación de los restos.

Otro discurso

Cuando ya la urna que guardaba los restos del doctor Concha descendía a la fosa, el doctor Alfonso Robledo, en medio de un silencio grave y de un alto recogimiento, pronunció el discurso que publicamos en esta edición.

Los homenajes del ejército

Como según lo dispuesto por el decreto del ministerio de gobierno, al Dr. Concha se le harían por el ejército los honores que le correspondían como a ex-presidente de la república, en el mismo instante en que el cadáver del eximio hombre público descendía a la tumba abierta cerca a la capilla del cementerio

salvas de artillería y de fusilería hacían más solemne el momento. Veintidós cañonazos disparó la artillería, y la infantería hizo varias descargas de fusilería.

Momentos después el cadáver fue definitivamente sepultado ante la expectativa general, y los asistentes al sepelio se disolvieron tras el ejército que inició de nuevo el regreso a sus respectivos cuarteles.

Eran las dos de la tarde.

LOS FUNERALES Y EL DESFILE

Como lo habíamos anunciado, ayer, a las nueve de la mañana se llevaron a cabo las exequias fúnebres por el descanso del alma del doctor José Vicente Concha, de acuerdo con el programa elaborado por la junta especial de recepción.

A la hora indicada, y en medio de doble fila formada por la escuela militar y la policía nacional, rigurosamente uniformadas, fue sacado el cadáver del salón central del capitolio nacional, donde había permanecido en cámara ardiente desde el miércoles en las horas de la tarde. El cadáver fue conducido en hombros de varios amigos del doctor Concha a la basilica primada, seguido del señor presidente de la república, de los ministros del despacho, del cuerpo diplomático acreditado en la ciudad, de monseñor Paolo Giobbe, nuncio de su santidad ante el gobierno de Colombia, de altas autoridades civiles y eclesiásticas y de un numeroso público que asistió a todos los homenajes que se tributaron ayer al cadáver del ilustre ex-presidente.

(Continúa en la página cuarta)

LOS FUNERALES Y EL DESFILE

Como lo habíamos anunciado, ayer, a las nueve de la mañana se llevaron a cabo las exequias fúnebres por el descanso del alma del doctor José Vicente Concha, de acuerdo con el programa elaborado por la junta especial de recepción.

A la hora indicada, y en medio de doble fila formada por la escuela militar y la policía nacional, rigurosamente uniformadas, fue sacado el cadáver del salón central del capitolio nacional, donde había permanecido en cámara ardiente desde el miércoles en las horas de la tarde. El cadáver fue conducido en hombros de varios amigos del doctor Concha a la basilica primada, seguido del señor presidente de la república, de los ministros del despacho, del cuerpo diplomático acreditado en la ciudad, de monseñor Paolo Giobbe, nuncio de su santidad ante el gobierno de Colombia, de altas autoridades civiles y eclesiásticas y de un numeroso público que asistió a todos los homenajes que se tributaron ayer al cadáver del ilustre ex-presidente.

(Continúa en la página cuarta)

domo. A las honras fúnebres asistió gran cantidad de personas atraídas por el elogio fúnebre que del doctor Concha había de hacer el presbítero doctor José Alejandro Bermúdez. Efectivamente, algunos minutos después el doctor Bermúdez pronunció la oración que publicamos en otro lugar de esta misma edición. Concurrieron además a las exequias del doctor Concha el ejército en traje de parada, la familia del extinto, altos empleados de los ministerios y del poder judicial, muchas damas de nuestra alta sociedad y numeroso público.

El desfile al cementerio

Terminadas las honras fúnebres en la catedral primada, se inició el desfile por la carrera séptima en dirección al cementerio. Desfilaron en primer término más de cien coches, cada uno de los cuales llevaba dos o tres coronas de las que fueron obsequiadas por las autoridades nacionales, las asambleas y gubernaciones departamentales, el cuerpo diplomático, algunas entidades que funcionan en la capital la prensa de la ciudad, el doctor Olaya Herrera y muchos otros particulares cuyos nombres dimos en nuestra edición anterior.

En el orden del desfile siguió la policía nacional en traje de gala; a continuación un escuadrón del ejército; luego la escuela militar que, lujosamente uniformada, hacía guardia de honor al féretro. Detrás de la urna que encerraba los restos mortales del doctor Concha desfilaron el doctor Miguel Abadía Méndez, presidente de la república; los ministros del despacho, todo el personal diplomático acreditado en Bogotá y vestido cada uno de sus miembros con el uniforme correspondiente a su país. En esa forma continuó la marcha del cortejo fúnebre, seguido de una gran multitud y a los redobles de tambor de la banda de policía nacional. De trayecto en trayecto la banda tocaba el himno nacional, cuyos acordes imprimían al acto un grave carácter de solemnidad y de amargura.

En el cementerio

La multitud ocupó varias cuerdas a todo lo largo de la avenida de la República, donde resató más la belleza y solemnidad del desfile. Así la multitud fue a situarse frente a la puerta principal del cementerio, que da frente también al kiosco construido especialmente para los oradores fúnebres.

En la plazoleta del cementerio esperaba el ejército nacional, distribuido en varias compañías. Estaban acantonadas allí, en traje de carácter, la artillería con todos los elementos de guerra; la caballería cuyas unidades portaban cada una una bandera nacional rigurosamente enlutada; la infantería del mismo ejército, y por último un grueso público. El féretro llegó al cementerio a las doce y veinte minutos de la tarde.

curso que publicamos en otro lugar.

Después habló en nombre del directorio nacional conservador el doctor Emilio Ferrero, y por último el señor Luis Cano, a nombre del directorio liberal nacional. Las oraciones de uno y otro las insertamos hoy en la página respectiva.

Tanto el señor presidente de la república, como el nuncio apostólico, los ministros del despacho y el público en general se situaron frente al kiosco desde el cual hablaron los tres oradores designados por la junta especial de recepción.

La inhumación

Terminadas las ceremonias en la plazuela del cementerio, el cadáver fue llevado al lugar donde había de ser sepultado. El presidente de la república, monseñor Paolo Giobbe, algunos ministros del despacho, los miembros del cuerpo diplomático y la mayor parte de las personas que habían acompañado el féretro, se regresaron de la plazuela sin entrar al cementerio. Durante la inhumación pudimos ver a los ministros de industrias y de correos, a varias personalidades de la política, a varios periodistas capitalinos y muchas otras personas que deseaban asistir a la inhumación de los restos.

Otro discurso

Cuando ya la urna que guardaba los restos del doctor Concha descendía a la fosa, el doctor Alfonso Robledo, en medio de un silencio grave y de un alto recogimiento, pronunció el discurso que publicamos en esta edición.

Los homenajes del ejército

Como según lo dispuesto por el decreto del ministerio de gobierno, al Dr. Concha se le harían por el ejército los honores que le correspondían como a ex-presidente de la república, en el mismo instante en que el cadáver del eximio hombre público descendía a la tumba abierta cerca a la capilla del cementerio

salvas de artillería y de fusilería hacían más solemne el momento. Veintiún cañonazos disparó la artillería, y la infantería hizo varias descargas de fusilería.

Momentos después el cadáver fue definitivamente sepultado ante la expectativa general, y los asistentes al sepelio se disolvieron tras el ejército que inició de nuevo el regreso a sus respectivos cuarteles.

Eran las dos de la tarde.